

Discurso

DR. GUILLERMO JAIM ETCHEVERRY

Palabras pronunciadas por el rector de la Universidad de Buenos Aires, en oportunidad de la reunión realizada con motivo de la finalización del ciclo lectivo 2003 (18 de diciembre de 2003).

¿POR QUÉ persisten las universidades desde hace más de un milenio? Posiblemente lo hagan porque intentan dar respuesta a una de las más profundas necesidades humanas: el deseo de comprender y el impulso de transmitir ese saber a los demás. El estímulo de ese interés por conocer y enseñar adquiere enorme significación para conformar el carácter intelectual y emocional de las sociedades abiertas, democráticas. Ante las crecientes presiones que tienden a cerrar nuestras mentes —de las que dan testimonio los conflictos que ocupan a diario la atención pública— resulta esencial contar con comunidades claramente dedicadas a la expresión del intelecto libre como ésta que se constituyen en las universidades.

Formar personas para actuar en una sociedad democrática, supone hacerlo en libertad. Para enseñar e investigar es

preciso respirar una atmósfera que permita la expresión del intelecto, sin controles ni fronteras impuestas. También es necesario contar con un ambiente donde se cultive el respeto por todas las posiciones, incluso las más antagónicas, ya que la esencia de la labor de la universidad reside en cultivar el debate que es la herramienta imprescindible para resistir a la enorme presión que hoy sufre la institución. Son muchos quienes pretenden convertirla en una empresa de servicios en lugar de permitirle encarar la aventura de cumplir su destino de ciudad intelectual libre.

Como señalé días atrás, en oportunidad de recibir en nuestra Facultad de Derecho la histórica visita de los presidentes que protagonizaron los procesos de transición en la Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, la democracia constituye la esencia misma de nuestra

institución. Por eso, quiero que estas palabras iniciales estén dirigidas a celebrar estas dos primeras décadas de vida democrática en la Argentina y en nuestra Universidad, precisamente en vísperas de cumplirse los 20 años del inicio de su normalización.

Este encuentro, que marca la finalización del año académico, similar al que mantuvimos días atrás con los integrantes del Consejo Superior, constituye un paso más en la concreción de una aspiración que creo compartida y que es la de consolidar entre nosotros imprescindibles lazos intelectuales y personales.

Durante este primer año y medio de gestión, hemos tratado de favorecer las instancias de encuentro entre los responsables de la conducción de la Universidad. Con ese propósito, he mantenido reuniones permanentes con el conjunto de los decanos y los secretarios de la Universidad, por su parte, también lo han hecho con sus colegas de las distintas facultades. Nuestro accionar de estos meses ha estado orientado a fortalecer la idea de que todos somos responsables de desarrollar en armonía la tarea común.

No se trata de un objetivo fácil de concretar en una institución como esta, absurdamente fragmentada, donde cada

protagonista tiende a vislumbrar sus problemas como singulares e intenta solucionarlos con absoluta independencia.

Tal vez todavía no hayamos logrado comprender que nos enriquecemos cuando compartimos con los demás visiones y responsabilidades. Sobre todo, no advertimos que esta solidaridad y armonía académicas, ese ejemplo de comunidad de objetivos, resulta imprescindible para la formación de nuestros alumnos. En los años por venir, nos queda mucho por hacer, son incontables los planes por concretar, la información a distribuir, los procedimientos por normalizar. Pero todo resultará inútil si no generamos en nosotros mismos el convencimiento de que debemos elaborar una visión compartida de la institución.

No me propongo resumir en estos pocos minutos lo mucho que hemos logrado entre todos. Es, sin duda, menos de lo que queríamos pero más de lo que creíamos posible. Me limitaré a resumir lo hecho diciendo que avanzamos, en nuestro propósito de organizar racionalmente las actividades del rectorado, reorientando sus gastos. Es conocido el hecho de que con los ahorros realizados, fundamentalmente en los cargos de autoridades políticas, logramos incrementar en 1000 becas las

400 que se otorgaban a los estudiantes. Estamos corrigiendo las que consideramos conductas poco apropiadas a una universidad, concientes de que cometemos errores al intentar organizar un desorden singular en cada una de las áreas de nuestra administración y gestión. Deseo destacar que nos ha preocupado desde el comienzo la precaria situación edilicia de muchas dependencias de la Universidad, lo que nos ha llevado a encarar las acciones que nos permitirán comenzar a resolver los problemas de algunas facultades, del Ciclo Básico Común y del propio rectorado.

Es de estricta justicia destacar que hemos contado con absoluta libertad e independencia para actuar en nuestro ámbito específico. Es esta la oportunidad de agradecer a todos los protagonistas de esta tarea y, sobre todo, a quienes nos permitieron llevarla adelante con su consejo oportuno y sin condicionamientos, tan habituales en el ámbito de la universidad. Nos hemos propuesto desterrar las prácticas que han tendido a concebir las relaciones personales e institucionales en términos de moneda de cambio, lo que ha dañado profundamente a la institución ante la sociedad y la propia comunidad universitaria. Soy conciente de que cuando fui elegido, una porción

importante de esta comunidad buscó dar un mensaje a la sociedad. Creo haber demostrado hasta ahora que lo he interpretado y que estoy dispuesto a seguir concretando en los hechos aquella voluntad. Es evidente que para hacerlo necesitamos contar con el compromiso expreso de todos, pero ya es posible mencionar varios hechos que justifican el optimismo. Sirvan como claros ejemplos de la voluntad de transparencia que caracteriza a la universidad actual, el establecimiento por parte del Consejo Superior de la incompatibilidad para desempeñar simultáneamente cargos electivos y de gestión, la aceptación de la sugerencia de realizar simultáneamente las elecciones de los representantes de los claustros y la reciente unificación de los premios otorgados al personal no docente.

En el terreno normativo, es conocido el hecho de que la Universidad de Buenos Aires tuvo éxito cuando se presentó ante la Justicia formulando varios cuestionamientos a la Ley de Educación Superior, basados en lo que interpretó como un avance sobre su autonomía. Nos proponemos elaborar un proyecto de ley que tome en cuenta esos antecedentes jurídicos. Pero es precisamente ese dictamen judicial el origen de las dificultades que hemos

enfrentado al intentar concretar el propósito de reformar nuestro Estatuto ya que hacerlo en estas condiciones implicaría aceptar la vigencia de la ley que, por otro lado, hemos cuestionado con éxito. Sin embargo, deberíamos tener presente que las mismas normas legales que nos rigen, permitieron desarrollar uno de los períodos más brillantes de nuestra Universidad. Es evidente que es el accionar de las personas el que ejerce un impacto decisivo en la institución, porque esas mismas normas rigieron también etapas menos luminosas.

Otro de los importantes logros de este año ha sido la formulación por parte del Consejo Superior del presupuesto de la Universidad, tal como lo ordena su Estatuto, por primera vez en nuestra historia reciente. Eso nos ha permitido reclamar públicamente más fondos en base a argumentos serios, recogiendo nuestras aspiraciones mínimas. En ese presupuesto planteamos, con responsabilidad, la grave situación salarial de los docentes así como la necesidad de estimular su mayor dedicación a la tarea académica, destacamos la postergación del personal, señalamos nuestras necesidades en materia de investigación científica y técnica y describimos la situación crítica de los servicios

hospitalarios. Esta práctica ha abierto un camino que me propongo profundizar durante los próximos años.

A propósito de los recursos económicos, hay que señalar que la universidad es una institución del Estado, autónoma pero no al margen de la ley .

Por eso, no se me escapa que resulta impostergable adoptar las medidas que permitan transparentar el origen y destino de los fondos que, por diversos conceptos reciben las distintas unidades académicas y el rectorado. Debemos intentar combatir la injusticia que generan situaciones y ordenamientos muy diferentes dentro de nuestra misma Universidad.

En este sentido, deberíamos tener presente que su misión esencial no es la de transformarse en una empresa generadora de cualquier tipo de recursos, en una explotación de franquicias de la más diversa naturaleza o en un conjunto de mecanismos que permitan escapar al control social. Corremos el riesgo de poner nuestro prestigio al servicio de los designios de otros organismos. La institución no debería perder como objetivo el de constituirse en un ámbito generador de conocimientos con el propósito esencial de interesar en él a sus estudiantes. No somos gestores de negocios, que no

pocas veces responden a intereses de personas o de grupos, sino que somos mujeres y hombres de la cultura. Defendamos esa cultura porque si no lo hacemos, forzados por la necesidad o convencidos por el eficientismo empresarial que parece caracterizar a quienes intentan controlar cada uno de nuestros actos, terminaremos por convertirnos nosotros mismos en mezquinos mercaderes.

Quiero reflexionar brevemente con ustedes acerca de un aspecto central de nuestra actividad. Cuando buscamos justificar la contribución que la universidad puede hacer a la sociedad, no siempre advertimos que nuestra razón misma de ser es la que nos proporciona la mejor justificación. Con frecuencia las autoridades declaran que concederán fondos a las universidades pero no para hacer lo mismo. Reflejan el extraño convencimiento de que son esas autoridades y no las propias universidades las depositarias del secreto para mejorarlas. Sostengo que nosotros necesitamos esos fondos precisamente para hacer cada vez mejor lo mismo que hacemos: para investigar y para enseñar. En esas misiones se encuentra la esencia de lo que somos. Es cierto que mediante lo que investigamos y lo que creamos podemos ayudar a nuestra comunidad de manera

directa mediante la extensión. Pero no debemos perder de vista que es, sobre todo, cuando conseguimos influir en el desarrollo intelectual de nuestros estudiantes que aportamos a la sociedad su capital más valioso: personas capacitadas para descifrar una realidad compleja y para intentar modificarla. Los docentes no siempre comprendemos que nuestro compromiso político se manifiesta en toda su plenitud en el ejercicio responsable de nuestro trabajo cotidiano en el aula, la biblioteca, el laboratorio o cuando realizamos actividades de extensión para servir a la comunidad.

A propósito de esa extensión, para ser genuina tan trascendente labor debe consistir, precisamente, en extender, en prolongar, la actividad que desarrollan los núcleos de docencia e investigación, ofreciéndola a la comunidad. No constituye un vehículo para concretar aspiraciones personales o vocacionales ni tampoco un medio más para recaudar fondos. En no pocos casos, nuestras actividades en este campo parecen más apropiadas a las de los clubes barriales que a las de una universidad.

Por la relevancia de la tarea de sus docentes, en gran medida el destino de la universidad está en sus manos. Nosotros somos los principales responsables del cumplimiento de los

finde de la institución. En este sentido, además de reafirmar la importancia que el Estatuto asigna a los docentes regulares, nos hemos propuesto normalizar mediante los concursos la situación de todos nuestros profesores —para lo que hemos introducido algunos cambios en la reglamentación— así como también la de los auxiliares docentes. Estamos organizando nuevos mecanismos de gestión del personal docente, un área hasta ahora descuidada. La reciente aprobación de la reglamentación de lo dispuesto por el Estatuto a propósito de la designación de profesores eméritos, señala la voluntad compartida de lograr que nadie pueda convertirse en el árbitro absoluto de la carrera de profesores que han prestado importantes servicios a esta universidad, muchas veces debido a razones mezquinas disfrazadas de ideología de uno u otro signo.

La relación entre profesores y estudiantes encierra la clave del futuro. Si no trabajamos juntos por la calidad académica de la universidad pública, corremos el peligro de precipitarla hacia un futuro de irrelevancia y mediocridad. Así como fijamos exigencias para los profesores, que somos examinados periódicamente en los concursos, no debemos negar a nuestros estudiantes el derecho que tienen a ser desafiados, a

ser exigidos. En el curso del próximo año propondremos al Consejo Superior una serie de medidas que apuntan a materializar la idea que estamos impulsando mediante la consigna “Gratuidad con responsabilidad”. Encauzaremos la discusión hacia el régimen general de estudios, la regularidad, el respeto de las correlatividades, la duración de las carreras.

La Argentina debe mantener su generosa tradición educativa pero eso no nos exime de comprender que esa generosidad requiere como contraparte la responsabilidad de todos, especialmente en estas instancias de nuestra historia cuando debemos justificar plenamente los dineros públicos que recibimos.

Aprender es un esfuerzo que nos corresponde a los docentes alentar y conducir con capacidad y entusiasmo, pero también debemos requerir de quienes aprenden seriedad y dedicación. Enseñar y estudiar en una universidad no son un pasatiempo para los momentos libres. La universidad no tiene como objetivo hacer más superficial y sencilla la carrera de sus estudiantes ni más aliviada la tarea de sus docentes. Su compromiso es con la sociedad que la sostiene y se cumple solo cuando aplica calidad y rigor al trabajo de

docentes y estudiantes. Es a partir de esta manera de concebir nuestra labor conjunta y no del facilismo o la demagogia, que la sociedad valorará a su universidad y, como lo he expresado en alguna oportunidad, reconocerá la enorme deuda que tiene con ella.

Son muchos los problemas que hemos enfrentado, los que estamos encarando y los que se avizoran en el conflictivo contexto en el que actuamos. Pero no es este el momento de plantearlos todos. Permítanme, al menos, decir que el promedio de quienes se gradúan, debería tener señales más profundas del paso por nuestras aulas, tránsito que algunas veces se aproxima peligrosamente al trámite burocrático. La cultura que trasciende a la preparación profesional —a veces buena, otras no tanto— no constituye un adorno de las personas, como lo sostiene gran parte de nuestra sociedad, que ha sido interesadamente infectada por un utilitarismo tan infantil como suicida. Resume una visión compleja del mundo, imprescindible para actuar como ciudadanos universitarios y no como meros técnicos. La reorientación de los estudios básicos, ante la bancarrota actual de la educación media, deberá constituir un motivo de seria reflexión por parte de todos durante el próximo año. En la era de las personas flexibles,

parecemos orientarnos a formar individuos unidimensionales, empobrecidos culturalmente.

También deberíamos encauzar el desordenado esfuerzo de posgrado —no pocas veces justificado en discutibles razones económicas— y analizar con más cuidado la significación de las decenas de carreras que organizamos en el convencimiento de responder a una presunta demanda laboral. En ese sentido, a pesar de enfrentar serias dificultades para obtener la información necesaria, hemos encarado un exhaustivo relevamiento de las condiciones de funcionamiento de las actividades de pre y posgrado con el objeto de que respondan a un real propósito de formación y perfeccionamiento más que a las demandas del mercado o a la necesidad de cubrir las deficiencias de la enseñanza de grado.

Pero el análisis de deudas pendientes no nos debe hacer perder vista el hecho de que contamos con un sólido capital para afrontarlas. Es preciso reconocer que nuestra institución atesora un patrimonio excepcional. Cualquiera sea el campo hacia el que dirijamos nuestra mirada, la UBA protagoniza contribuciones importantes. En cada una de las facultades, de las instituciones

hospitalarias y de las demás unidades, encontramos decenas de ejemplos.

Todos los decanos podrían describir los numerosos aportes originales que se han hecho desde sus facultades durante el año.

No es casual, por ejemplo, que de las cien figuras que acaban de ser destacadas con el Premio Konex en la Ciencia y la Tecnología por su actuación durante la última década en la Argentina, setenta y cuatro estudiaron, trabajaron o aún trabajan y enseñan en aulas y laboratorios de la UBA. De los premios máximos otorgados en cada una de las veinte disciplinas elegidas, 19 están relacionados con la UBA.

Otro ejemplo lo constituye también el Premio Planeta de Novela 2003 que fue otorgado a un profesor de la UBA. Quiero aprovechar esta ocasión para mencionar la labor que se está desarrollando en el Centro Ricardo Rojas, una de las instituciones más originales de nuestra Universidad. Sus aportes en el campo de las artes han sido muy significativos y su importante tarea docente —sus cursos superan a los 10.000 inscriptos— está siendo gradualmente orientada hacia actividades con características genuinamente universitarias. También quiero comentar los esfuerzos que

estamos impulsando para reorientar la tarea de nuestra mítica EUDEBA en un contexto poco favorable para el mundo editorial.

Soy consciente de la injusticia que supone el hacer sólo estas menciones, porque constituyen unos pocos ejemplos del enorme poder creador que concentra nuestra Universidad, sin duda y a pesar de todo, la institución cultural más importante de la Argentina.

Quedan muchas cuestiones por comentar. pero no puedo abarcarlas todas en tan breve lapso. Solo quisiera señalar que compartimos una enorme responsabilidad. Superadas las jornadas tristes que vivió la Universidad, durante las que entre todos logramos mantener nuestra cohesión en torno a la institución, hemos encarado la reconstrucción de este salón histórico en el que estamos reunidos.

He querido convocarlos aquí porque pretendo recurrir a los símbolos de la riqueza intelectual de nuestro pasado. Es esencial advertirla para encarar con confianza los desafíos del futuro. En este salón, junto a nuestro primer rector el presbítero Antonio Sáenz, he ubicado a Juan María Gutiérrez, notable rector entre 1861 y 1873, durante las presidencias de Mitre y Sarmiento, cuyos bustos también nos acompañan. Fue

Gutiérrez quien dio estructura sólida a nuestra casa, comprendió la necesidad de la ciencia en una universidad moderna, defendió la autonomía y propuso la libertad de cátedra como uno de sus pilares esenciales. Anticipó de este modo la sanción de la ley que promovió Nicolás Avellaneda quien, luego de ser presidente de la República, fuera ascendido, según sus propias palabras, al rectorado de esta Universidad, cargo que ocupó entre 1881 y 1885. Está también Ricardo Rojas, que concibió a la universidad como práctica de lo moral. Y faltan tantos otros cuya presencia más reciente también ha quedado impresa en los muros de este recinto histórico, como José Luis Romero, Risieri Frondizi, Julio Olivera, Hilario Fernández Long. Ante estas figuras ilustres, ante estos ecos presentes de nuestro pasado, renovemos nuestro compromiso con la investigación y la enseñanza, volvamos a creer en la trascendencia de nuestra misión, que está indisolublemente ligada a nuestra relación estrecha con las nuevas generaciones que se acercan a esta casa. Esos jóvenes que confían en nosotros, confusamente a veces, merecen que les brindemos el mejor ejemplo, que superemos nuestras mezquindades, que miremos lejos. Confío en que estos próceres cuyos

retratos y bustos nos rodean, nos servirán de inspiración y guía. Estoy seguro de que podemos contribuir a materializar la divisa de nuestra Universidad que figura en el sello diseñado por Ernesto de la Cárcova en 1921: “La virtud de la Argentina es el trabajo y el estudio”.

El horizonte de nuestra tarea en la universidad no está próximo. El nuestro es un compromiso a largo plazo. Personalmente, honrado por la responsabilidad que me ha sido encomendada, me siento cada vez más alentado por lo que estamos consiguiendo entre todos.

Por eso es importante que comprendamos que tenemos una misión histórica que nos trasciende: la de reconquistar, como académicos, a la universidad como institución de la cultura que nos albergue a todos. Para hacerlo, contamos con la herencia de estos grandes que nos contemplan y de muchos otros que ayudaron a construirla. Ellos no vivieron épocas más fáciles que las actuales y, sin embargo, lograron legarnos este patrimonio que hoy tenemos la obligación de preservar, de acrecentar y, sobre todo, de transmitir a quienes nos siguen.

Volvamos a enseñar a nuestros jóvenes. No los privemos de su herencia

porque ellos son sus legítimos
destinatarios.